

Santiago Calatrava: nuevo Príncipe de Asturias

La concesión del Premio Príncipe de Asturias de las Artes a Santiago Calatrava (Valencia 1.951) viene a reconocer la trayectoria de un profesional que, de alguna manera, no había conseguido ser profeta de su tierra. Pese a la enorme difusión que Calatrava suele alcanzar con sus obras, aún hoy su figura es mucho más apreciada y valorada en el resto del mundo que en su propio país.

Independientemente del innegable valor de su trabajo, parece lógico pensar que esta circunstancia pueda haber influido positivamente en el jurado internacional encargado de otorgar tan prestigioso galardón. Pero con toda seguridad lo que el Premio Príncipe de Asturias pretende valorar es la característica más inquietante de su trabajo: una innata vocación por asumir riesgos, que le obliga a entender sus proyectos como una sucesión de imágenes y proporciones, que a veces pueden parecer más próximas al mundo de la escenografía que a la propia doctrina arquitectónica.

Y es que, ante todo, Calatrava gusta de situar sus propuestas en la peligrosa frontera del simulacro: trabaja la arquitectura desde el territorio del ingeniero; construye con la mirada plástica del escultor y termina por diseñar con el rigor personal de los que se saben dueños de una filosofía propia.

Orígenes. A lo ya apuntado no es ajeno a su propia formación académica. Santiago Calatrava estudia arquitectura en Valencia, graduándose en el 73. Posteriormente accede a la carrera de ingeniero civil en la ETH de Zurich, donde se doctora en 1981 mediante una tesis que ya en su enunciado anticipa toda una declaración de principios: "Acerca de la plegabilidad de las estructuras". Ese mismo año y en la mencionada ciudad suiza se establece y abre su primer estudio, donde alternará ambas disciplinas.

El inevitable proceso de síntesis para compatibilizar arquitectura e ingeniería, junto a un confesado interés por la escultura (Rodin y Brancusi son sus artistas favoritos), le llevarán, inevitablemente, al terreno en que habitan los autores multidisciplinarios, donde habrá que reconocerle una proyección que escapa (aunque no siempre) del anecdótico "hombre de ida y vuelta".

Reconocimiento. La fama le llega a Calatrava a mediados de la década de los 80. Dos proyectos entre 1983 y 1985 y con la referencia común de actuar sobre construcciones ya existentes, le catapultan hacia la notoriedad: son la fachada para la Fábrica Ernsting en Alemania y la marquesina para la Central de Correos en Lucerna (Suiza). Son dos soluciones de carácter esencialmente estructural, que se apoyan en la experiencia avanzada por su

tesis y convierten a sus pórticos metálicos en una sugestiva trama orgánica.

A partir de ese momento, debido a la fascinación que ambas obras suscitan intencionalmente, empiezan a surgir encargos a lo largo de toda Europa: Edificio y oficinas en Suhr, Escuela cantonal en Wohlen, Estación de ferrocarril en Zurich, todos ellos en Suiza; señalización de la Avenida Diagonal y Torre Olímpica de Montjuic en Barcelona; Pabellón de Kuwait en la Expo 92 de Sevilla; Aeropuerto de Bilbao; Auditorio de Tenerife y sobre todo una serie de hermosos puentes, donde los más conocidos son el del East London River y El Alamillo en Sevilla.

Evolución. Hasta la fecha, la evolución de su obra ha venido marcada por un desarrollo en dos vertientes de lo avanzado por su trabajo doctoral: búsqueda de una intencionalidad expresiva para todos los elementos estructurales y una cierta intencionalidad metafórica de otorgar al conjunto de una componente dinámica. Esta aspiración por dar movimiento a sus construcciones se hace patente en el proyecto para el Aeropuerto de Bilbao, donde retoma la trama estética anunciada por Saarinen en la famosísima terminal de la TWA en Nueva York, acentuando aquí la metáfora al concebir formalmente el edificio como una gigantesca ave en el inicio de su vuelo.

De otro lado, en sus obras estrictamente ingenieriles es evidente la aparición del componente arquitectónico. La estructura se desarrolla desde la belleza, (difícilmente se puede encontrar un puente más armónicamente hermoso que El Alamillo), pero sin llegar en ningún momento, al menos así era en el principio, a traicionar su propio significado, adecuación o funcionalidad.

Últimas obras. Esta doble lectura que Calatrava aplica a su trabajo- expresividad en los elementos estructurales y preocupación por movilidad del conjunto-, solo permiten la construcción del "hito" como respuesta. Y al asumir tal carga iconográfica, su ingeniería-arquitectónica se desplaza peligrosamente hacia el territorio de la escultura; ciertamente, una unión ambiciosa, pero que en ocasiones concluye en un confuso ceremonial tecnológico.

Algo de eso hay en sus últimas obras: Pasarela en Bilbao, Ciudad de las Artes y las Ciencias en Valencia o la Estación de Oriente en Lisboa, donde hay que admirar la aspiración formal de las propuestas, pero es casi inevitable no lamentar su situación en la frontera del manierismo.■

J. M. Fernández Isla

Santiago Calatrava. La técnica viva

Santiago Calatrava, (Benimamet, Valencia, 1951), acaba de conseguir el Premio Príncipe de Asturias a las Bellas Artes. Remata, de momento, la larga lista de galardones que ha merecido el artista, arquitecto (1973, Valencia) e ingeniero (1979, Zurich) español. Ya en 1987 alcanzó el premio Perret de la Unión Internacional de Arquitectos; en 1988 el Schumacher; en 1991 el Holzteimban,...

Su obra ha sido expuesta prácticamente en todo el mundo y ha despertado el interés y la admiración no sólo de los profesionales de la obra civil, tanto arquitectos como ingenieros, como, y esto es lo más insólito, de la gente normal, incluidos los políticos.

Las cualidades formales que distinguen su producción, la plasticidad, la tensión y la ligereza, ligadas al empleo de materiales y técnicas *inequívocamente* "avanzadas", han contribuido a su identificación como referencia de la última modernidad en el imaginario colectivo.

Al igual que otros proyectistas, Norman Foster sobre todo, ha logrado una popularidad extraordinaria, ha superado las barreras de los pequeños círculos de iniciados y ha conseguido dirigir hacia su obra construída la atención general. Para los "especialistas", supone una "rareza" de difícil clasificación. No esté claro si se trata en realidad de un arquitecto que proyecta obras de ingeniería, un ingeniero que construye arquitecturas que se expresan desde su estructura o una marca de prestigio que se disputan los alcaldes de ciudades-con-río.

Si es un "hombre-puente" entre profesionales falsamente opuestos o sintetiza sus saberes en uno nuevo.

La existencia de su especie se remonta sin

embargo a los tiempos en los que este tipo de disquisición resultaba superfluo. Quien construyó el Port-du-Gard o el Acueducto de Segovia, o los Leonardo, Labrousse, Eiffel, Nervi, Torroja, Candela o Pérez Piñero pertenecen a la misma estirpe, mirados con prevención sólo desde ópticas corporativistas excluyentes. Desde cualquiera de ellas, Calatrava puede ser "el otro".

La intuición como guía de la forma, nos proporcionó hace tiempo, de su mano, tempranas sorpresas. Felizmente, Calatrava ha superado la brillante explosión inicial (a finales de los 70) y mantiene la tensión creativa con firmeza. Falsas polémicas "estelares" han puesto de relieve, sin embargo, lo accesorio.

Más allá de los titulares de las noticias de periódico, debemos subrayar la capacidad de sugerencia que sus obras nos proponen. Las analogías formales de sus estructuras con los "esqueletos" ("huesos, rótulas, ramas, lianas, hojas, trenzas", para Montaner), son tan evidentes, sin embargo, como lo son sus referencias al gótico o a tensiones musicales. Todo ello facilita sin duda la empatía que provocan sus obras.

Su capacidad de gestión le ha convertido en uno de nuestros creadores más universalmente conocidos. Su oficina en Zurich controla una producción multinacional especializada en estructuras atrevidas y atractivas. Sus objetos-útiles, esculturas para usar como puentes, puentes como esculturas, ponen firma a paisajes hasta entonces incompletos, cambian la escala y subvierten el modo de apreciar.

La técnica viva de Calatrava, parece justificar que brindemos, desde la vida, con un ¡viva la técnica!..■

Miguel Ángel Baldellou